

¿EN EL MISMO BARCO?

PANEL DE APERTURA DEL SEMESTRE ACADÉMICO 2017- I: LA FORMACIÓN DEL PROFESIONAL EN EDUCACIÓN. ENTRE LO OBVIO Y LO OBTUSO. (SOBRE LA REFORMA ACADÉMICA DE LA UPN)

ALEXANDER RUIZ SILVA ¹

Cuando pensamos en temas tan complejos como el de la identidad, a menudo caemos en problemas insolubles, las más de las veces mal concebidos, mal formulados; como la vieja discusión en torno a si una cosa es idéntica a sí misma a pesar del paso del tiempo o más preciso sería decir, a pesar de los cambios sufridos en el tiempo. Esto, nos dicen los filósofos del lenguaje, remite solamente a un sentido de la identidad: la identidad individual o singular, que podemos ilustrar aludiendo, por ejemplo, al ratón que se desliza furtivamente, en este preciso momento, por entre los asientos de este auditorio. Podemos suponer que se trata del mismo ratón que ayer en horas de la noche merodeaba en la plaza Darío Betancourt; de la misma manera que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) es el mismo perro de las tres y quince (visto de frente), por más que ello le resulte inconcebible a Funes el memorioso, ese extraordinario personaje de la literatura Borgeana. Operando por reducción al absurdo, tengo que decir que ese sentido de la identidad no es el que por ahora me interesa someter a examen.

Voy a referirme a la identidad en sentido cualitativo, esto es, a la pregunta en torno a si una cosa es una y la misma a pesar de que cambian sus componentes, cualidades o atributos de forma estructural, bien lenta y paulatinamente, bien de manera vertiginosa y drástica. La muerte en los seres vivos es el

contraejemplo perfecto de este segundo caso, esto es, la desaparición de las cualidades definitorias, el cambio total de un estado a otro, la pérdida completa de identidad, no importa si se trata de un ratón, un profesor, un perro o un filósofo analítico. La famosa paradoja del barco de Teseo, por su parte, es un buen ejemplo de identidad cualitativa y el que me resulta ahora de mayor utilidad; esto es, algo que muta gradualmente, sin que tengamos mucha claridad respecto a cuándo dejó de ser o cuando pasó a ser otra cosa. Veamos.

Se trata de una antigua y famosa leyenda griega recuperada por Plutarco, a quien ahora citamos:

El barco en el cual volvieron (desde Creta) Teseo y los jóvenes de Atenas tenía treinta remos, y los atenienses lo conservaban desde la época de Demetrio el Falero, ya que retiraban las tablas estropeadas y las reemplazaban por unas nuevas y más resistentes, de modo que este barco se había convertido en un ejemplo entre los filósofos sobre la identidad de las cosas que crecen [léase, de las cosas que cambian]; un grupo defendía que el barco continuaba siendo el mismo, mientras el otro aseguraba que no lo era.²

¹ Profesor Titular de la Universidad Pedagógica Nacional. Actual coordinador del Doctorado Interinstitucional en Educación DIE - UPN.

² Cfr. R. Chisholm (1976) *Person and Object. A Meta physical Study*. London; Routledge. Véase, igualmente, de Joël Schmidt (1995) *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, Larousse - Planeta.

¿EN EL MISMO BARCO?

En su viaje de ida y vuelta de Atenas a Creta, Teseo salva a doce doncellas y a doce jóvenes guerreros condenados a un absurdo sacrificio, conquista el amor de Ariadna, mata al Minotauro, vence a innumerables enemigos en el mar, hereda el trono de Atenas y si hoy viviera entre nosotros, suponiendo que se tratara de un mortal corriente, diríamos que ha acumulado méritos más que suficientes para alcanzar la acreditación de alta calidad de sus iniciativas. Pero, por más hijo de Poseidón que sea, nada de lo que haga será suficiente para morar en el Olimpo. Volvamos a su barco:

¿Cuántas piezas de la embarcación original o qué porcentaje de ellas tiene que permanecer para que podamos afirmar que el barco sigue siendo el mismo?, ¿Cuál es la mejor manera de cuidar, mantener, sostener y, si se quiere, conservar el barco en su condición de barco; esto es, privándonos de la tentación de llevarlo a un museo, en mar abierto, con las velas hinchadas por el viento y navegando fervorosamente? Eso es lo que está en juego en este momento, nada más y nada menos.

Nuestra universidad va a dejar de existir, como todos los barcos, Titanic mediante, es un hecho, nada perdura para siempre. En miles de años o quizás en cientos de años ninguna de las universidades que hoy conocemos existirá, por supuesto, nosotros tampoco. La idea misma de universidad, que reconocemos en permanente crisis, se extinguirá por completo o mutará en otra cosa; tal vez no haya que esperar tanto tiempo. Esta no es una invitación a ponernos nostálgicos de manera anticipada, es simplemente un intento de definirle límites a nuestra discusión. La universidad, nuestra universidad, antes de cerrar sus puerta de manera definitiva —y espero que esto ocurra varias

generaciones más adelante de la nuestra— va a cambiar, necesita cambiar, y nos corresponde a nosotros ahora delinear el alcance de dichos cambios.

En la Universidad Pedagógica Nacional se han formado y se forman profesionales de la educación. Según el Artículo 4, del último borrador del Reglamento académico de la universidad (del 7 de febrero del año en curso), referido a programas de formación conducentes a título profesional se explicita que éstos:

Preparan para el ejercicio profesional en docencia, en investigación y asesoría en el campo de la Educación, la Pedagogía, las Didácticas de las disciplinas, y los saberes específicos y disciplinares. Se constituyen en ofertas de formación de licenciados y profesionales en educación que pueden desenvolverse en distintos niveles, modalidades y escenarios educativos.

A eso nos dedicamos, eso es lo que sabemos hacer, por supuesto, tenemos que reconocer que lo podemos hacer mejor. Esto implica partir de lo que somos, modificar las cosas que están lejos de enorgullecernos, tomar algunos riesgos, sin dejar de ser fieles a nosotros mismos, dicho en el lenguaje por el que he optado hoy: reparar los remos partidos, reemplazar las tablas estropeadas, coser o cambiar las velas rotas y por supuesto, también, navegar hacia nuevas rutas. Detengámonos, justo, en esto último.

¿Qué significa navegar hacia otras rutas? Se trata de una pregunta clave si deseamos poner en la balanza lo que podemos hacer y lo que queremos hacer. Plutarco describe los viajes de Teseo a destinos relativamente familiares a los pueblos del mediterráneo, aunque no siempre en una mar favorable o apacible; de hecho, a juzgar por la tecnología del momento y los vientos de las estaciones el viaje de Atenas a Creta estaba lleno de peligros, de incertidumbre.

¿EN EL MISMO BARCO?

Por supuesto, es de suponer que el barco estaba diseñado para navegar en las condiciones más adversas; no podría merecer menos un príncipe, así que podemos imaginar una nave resistente y flexible, con las limitaciones propias del arte de la navegación del momento. No se trataba de una carabela o un bergantín, como los que se fabricarían en la Europa del siglo XV para hacer grandes, largas travesías, no, al barco de Teseo lo impulsa una pequeña vela, la fuerza de treinta remeros y, sobre todo, el espíritu de la poesía.

Aquí formamos maestros, que no se nos olvide y eso no es poca cosa; al contrario, en los tiempos que corren se trata de una difícil tarea que no todos están dispuestos a hacer con compromiso, dedicación o disciplina. Para otros ámbitos institucionales formar profesionales en educación es un estupendo negocio, si no ¿cómo se explica que las universidades privadas más caras y rentables hayan decidido recientemente hacerlo? Nuestro negocio no es formar educadores, simple y llanamente porque para la Universidad Pedagógica Nacional esto no es un negocio, en absoluto; es una vocación, una misión, su razón de ser.

En esta universidad no se forman abogados, economistas, médicos, ingenieros porque no hay condiciones académicas ni materiales para hacerlo, pero, además, y creo firmemente en esto: porque no queremos hacerlo, porque insistimos en dedicar nuestros mejores esfuerzos en formar educadores y no deben ser pocos los que están dispuestos a amarrarse al mástil de ese barco, como lo hiciera aquel otro famoso marino griego, aquel héroe homérico, que quería escuchar el canto de las sirenas, pero no sucumbir a él.

Ahora bien. ¿Es deseable una universidad que solo forme educadores?, ¿somos los únicos representantes de esta anomalía? Claro que no, otras universidades pedagógicas nacionales existen en otros países del mundo. De hecho, en América Latina la mayoría de estas instituciones son mucho más jóvenes que la nuestra, es decir, cometieron el mismo despropósito de creer que podían ser universidades sin serlo del todo. Y esto no les ha salido nada mal: La UPN de México, por ejemplo, se fundó en 1978 y desde ese año hasta hoy no ha dejado de crecer. Hoy cuenta con 76 unidades y 208 subseces distribuidas en todo el territorio nacional. En Honduras, la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán forma maestros para todo el sistema educativo del país, desde 1989. Mucho más recientemente, en 2013, en la Argentina, se creó la Universidad Pedagógica –UNIFE–, en la Provincia de Buenos Aires, con un propósito bien delineado:

[...] aportar tanto a la recuperación y construcción del pensamiento latinoamericano y a su tradición pedagógica, como a la consolidación de un entramado institucional, privilegiando la vinculación con las universidades pedagógicas que funcionan en América Latina, gestionando su incorporación a las redes existentes y proponiendo la creación de otras instancias de cooperación.

No tengo espacio aquí para discutir a fondo si una universidad que solo forma educadores traiciona o no la idea de universalidad del saber, de diversidad de disciplinas del conocimiento. En sí misma esa idea viene siendo traicionada desde hace mucho tiempo por las universidades multi-profesionales, al renunciar de forma progresiva e intencional a la formación humanística y artística, tal y como enfáticamente lo señala Nussbaum:

3. Cfr. <http://unipe.edu.ar/institucional/acerca-de/>

¿EN EL MISMO BARCO?

Estamos en medio de una crisis de proporciones gigantescas y de enorme gravedad a nivel mundial [en materia de educación y respecto a la idea de universidad] En casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades [...] Concebidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad [...] Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir, el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad y la rigurosidad en el pensamiento crítico, también está perdiendo terreno en la medida en que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para generar rentas.⁴

No vamos a saldar esta discusión diciendo que el sistema educativo de cada país es libre de regular la educación superior o siguiendo la metáfora de este escrito: de definir cómo funcionan sus astilleros; realmente, lo sabemos, hay tanta interdependencia en las políticas educativas en nuestra región y tantos condicionamientos externos que el margen de maniobra para nuestras instituciones educativas, particularmente para las públicas, es muy bajo. No obstante, estoy completamente convencido que con respecto a la comprensión de lo que somos y a la proyección de lo queremos ser nos corresponde escuchar otras voces, además de la propia, pero también, nos corresponde tomar decisiones. En eso también consiste la identidad.

Podemos ser universidad aunque nuestra tarea sea solamente la formación de profesionales en educación. Al menos en pre-grado es un hecho incontestable que sí. Lo hemos hecho hasta ahora, lo estamos haciendo hoy y desde mi punto de vista sería sensato redoblar la apuesta, y claro,

emprender los cambios que se requieran, por decisión propia -no por exigencia externa- para mantener el barco a flote. Una nave sin norte claro es una nave a la deriva. El barco de Teseo es el mismo más allá de sus cambios en el tiempo, es mucho más que un conjunto de piezas ensambladas, originales o no; quien realmente puede reconocerlo es quien lo ha conducido mar adentro, quien desea seguir navegando en él. Al fin y al cabo Teseo significa, en griego antiguo, *el que funda*, y no podemos ser inferiores a esa responsabilidad.

Bogotá, D.C., 15 de febrero de 2017

4. Cfr. Martha Nussbaum (2012) Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades. Buenos Aires: Katz.